

mente al seno de sus familias. ¡Cuánto ardor patriótico están revelando estos hechos! ¡Cuánta espontaneidad de acción en las masas! ¡Qué grande frenesí en rechazar la triple alianza, para conservar á D. Benito en el pleno goce de su legitimidad y en las delicias que le proporciona el mando supremo de la República.

Persuadidos ya de que el ejército no existe; de que la institución militar presenta en sus altos grados un cuadro, en su mayor parte de bandoleros y asesinos, y en los inferiores, una aglomeración de hombres ignorantes, indisciplinados, sin opinion ni entusiasmo, y que el desórden, la impunidad, el robo han hecho de la clase militar el objeto mas odioso y despreciable para los pueblos, todo lo que por cierto no establece plausibles precedentes de que un país tienda á consolidarse y constituirse; examinemos, si del de la perspectiva que ofrece el estado hacendario de Méjico, es dable deducir unas consoladoras esperanzas.

El actual gobierno, á juzgar por los acontecimientos pasados, debe hallarse en una situacion altamente satisfactoria, en cuanto á la abundancia de recursos pecuniarios. Habiendo contado, hasta la toma de Veracruz por los españoles, con el producto de las aduanas marítimas de ambos mares; dueño de todas las rentas interiores, pues como él dice, ha sido reconocido y acatado por todos los Estados; pudiendo disponer del valor de todas las fincas rústicas y urbanas del clero, de todos los capitales que en la República reconocian millares de propietarios á favor de este; de todas las imposiciones que formaban el cuantiosísimo fondo de capellanías y obras pías en los obispados; de todos los conventos de religiosos de ambos sexos, que en su mayor parte son suntuosísimos edificios; de toda la plata, oro, piedras preciosas, paramentos sagrados, pinturas y bibliotecas pertenecientes á las iglesias y monasterios estinguidos, lo cual asciende á una suma fabulosa de mas de cien millones de pesos; habiéndose apropiado ademas, como si esto no fuera suficiente, las fincas y capitales que poseian el ramo de instruccion pública y los infinitos establecimientos de beneficencia, no solo en la ciudad de Méjico sino en la inmensa estension del territorio; habiendo decretado una general suspension de pagos, estensiva al de las convenciones, de suerte que los depósitos destinados á ellas tambien ingresaron á la tesorería de la nacion; faltando ya la memoria para enumerar las contribuciones permanentes establecidas sobre la propiedad, profesiones y ejercicios lucrativos; industria, comercio y objetos de lujo, sin contar diferentes capi-

taciones de cuotas subidísimas, y las gabelas impuestas á las rentas é inquilinatos; estando ya cobrados estos impuestos, no solo con meses, sino con años de anticipacion; no pudiéndose casi reducir á guarismos los préstamos negociados, mediante las amenazas de prision y destierro con los individuos, ya de considerables, ya de medianas proporciones; disponiendo á su antojo, como parece que ha dispuesto ya, de los terrenos baldíos y de las minas que no se trabajan, existentes en la superficie del suelo mejicano; y habiendo declarado, por último, bienes de la nacion todos los caudales de los particulares, en virtud de lo cual el gobierno, en efecto, toma, embarga y se apropia cuanto le agrada y conceptúa que habrá de serle de alguna utilidad: ¿quién no ha de jurar á mil cruces que el oro y la plata manan en la tesorería; como los caudalosos rios de leche y de miel que ha creado la brillante imaginacion de los poetas? ¿Quién no se ha de figurar que se han llenado los objetos á que los demagogos prometian aplicar este cúmulo de riquezas; á saber, á todos los adelantos que exige este siglo de progreso y de reforma; á todas las mejoras materiales, sin las que no puede vivir ninguna sociedad civilizada: y sobre todo, á derramar en la clase menesterosa (que ellos siempre tienen en las telas de su corazón) los haberes usurpados de los ricos, distribuyendo y subdividiendo la propiedad, hasta conseguir el perfecto nivel de las fortunas? ¿Cuál será aquel que asegure que Méjico no se encuentra surcado de canales y rios hechos navegables; encerrado, como en un mosquitero, dentro de una espesa red de caminos de fierro; que de Veracruz á San Blas, y de Acapulco á Matamoros, el telégrafo nos lleva entre sus chispas el pensamiento; el gas nos reemplaza con sus reverberos los claros fulgores del sol, y el vapor, con sus prodigios, nos multiplica hasta lo infinito los brazos de la industria, y nos viene á realizar los atrevidos cálculos del comercio? ¿Quién no ha de suponer, por último, socorrida ya la pobreza, estancado el llanto, siquiera de esos infelices, que aunque se les ve alargar la mano para solicitar un negro pan que los alimente, tienen, sin embargo, un derecho perfecto á ser socorridos por la nacion con el dinero que sus deudos fueron depositando en las arcas públicas?

Pues nada menos que todo eso. Poco mas de un año ha sido suficiente para derrochar tesoros tan inmensos, sin que haya quedado la más insignificante huella que recuerde al pueblo agradecido, haber ocupado un solo instante la mente de autores de tan incalificable despilfarro, para procu-

rarle el bien. Huérfanos y pensionistas; empleados y militares; cesantes y retirados, todos se hallan sumergidos en estos horrores de la mendicidad, cuyos secretos se sienten y no se describen, cuyo espectáculo de lágrimas y de agonía, hace pedazos el corazón. Si á lo menos tuvieran un hospicio, de tantos como erigió la caridad cristiana, que saciase su hambre y cubriese su desnudez: si abrigasen siquiera la esperanza de que un hospital, de los muchos que sostenían los fondos eclesiásticos y los de beneficencia, les abrieran las puertas para prodigarles los últimos consuelos, de que tanto han menester en su vejez y en sus dolencias.... pero, ¿qué vano esperar! Los recursos de los establecimientos, una vez entrados á los toneles sin fondo de la tesorería, han ido á perderse en ese mar de usura y de agiotaje, de codicia y latrocinio; en ese golfo de inhumanidad y prostitucion, en que navega el gobierno á velas desplegadas: también los edificios que antes servían de refugio á esta clase infeliz y desvalida, convertidos, unos en hoteles y otros distribuidos en lotes, están proporcionando recursos cuantiosos para sostener el lujo insultante de infames especuladores.

Tal es el estado de cosas, unido á los otros innumerables males de que he hablado ya, y que forman como el fondo del cuadro general de nuestras prosperidades: inútil es decir que tienen paralizado el comercio; en un estado admirable de decadencia todas las industrias; arruinada y sin brazos la agricultura; á las artes y oficios sin ocupacion; sin ejercicio á las profesiones; que los deudores no pueden satisfacer sus créditos; que ellos, y á su vez los acreedores, no alcanzando á cubrir sus compromisos, se ven precisados á presentarse en quiebra como fallidos; que á tantas desgracias hay que agregar la escasez de los efectos, aun de primera necesidad, y el aumento consiguiente de su precio, que ya empieza á resentirse; en una palabra: que todo es desequilibrio, ruina y desolacion.... En este piélago de desventuras, en que naufraga el pueblo y vacila toda la sociedad entre angustias y miseria, solo se ven sobrenadar en lontananza un puñado de adjudicatarios; unos cuantos próceres de la época, ufanos con las riquezas que han sabido proporcionarse, mediante las infamias de la concusion y el peculado.

El erario, pues, se halla en un estado irremediable de bancarrota, no habiendo muchas veces con que cubrir los insignificantísimos gastos económicos de la conserjería de Palacio.

He dicho que esta ruina no tiene remedio, porque en la espantosa decadencia de las cosas y en el supremo conflicto de las personas, la adquisicion de recursos es físicamente imposible, preescindiendo de la desesperada predisposicion de los ánimos contra un gobierno tan inmoral, tan injusto y tan opresor. No es otra la causa de que espidiéndose, como se espiden todos los dias, decretos que multiplican los tributos y esacciones de todo género, hayan llegado á ser de todo punto improductivos, sin que basten para su cumplimiento las severísimas penas con que se sancionan, tales v. g., como las de prision, destierro y confiscacion. En efecto, cuando miles de personas desobedecen la ley y oponen una abierta y descarada resistencia á sus mandatos, ningun gobierno es capaz de llevar á cabo las medidas de extremo rigor que no harian, en tal caso, mas que aumentar su desprestigio. Los rendimientos de las aduanas marítimas, fronterizas é interiores solo existen en el nombre, por la inactividad de los giros mercantiles y la total falta de introducciones y consumos; lo mismo puede decirse de las otras rentas, á las que dan vida los elementos referidos, y los demas contratos y transacciones que desaparecen con la miseria y suma escasez de circulacion. El gobierno, por otra parte, no cuenta ya con bienes que vender ó hipotecar; los usureros y prestamistas lo han dejado en brazos de su propia suerte; no puede hacer uso tampoco de su crédito, porque no tiene ninguno.....

¿Qué plan adoptar, qué camino seguir en esta sima profunda de necesidades imperiosas y de mortal abandono? ¿Qué hará D. Benito Juárez, personaje tan simpático para los mejicanos? ¿Qué poder tendrán las instituciones que son, segun se dice, la idolatría del pueblo? En fin, ¿cómo se salvará esta Nacion perfectamente constituida, ó que por lo menos marcha por vapor para constituirse? El general Prim, desde Orizava, mejor dicho, desde la Soledad, en donde rindió un tan magnífico testimonio, no tanto á la legitimidad del gobierno, cuanto á su poder físico, á su popularidad y á su ascendiente irresistible sobre las masas, debe de haber concebido sin duda una satisfactoria solucion de este problema. Y esto ha de haber sido así, porque ó no se enteró á fondo de todas las condiciones de existencia, ó mas bien, de todos los gérmenes de muerte del pais, y en tal caso su ligereza no tiene excusa, ó despues de conocerlos y de pesarlos en la balanza de su criterio, concibió, no solo que podían remediarse fácilmente, sino que la obra de regeneracion es-

taba reservada á D. Benito Juarez; y esto supone que le fué dado apreciar con exactitud los medios para conseguirla. Cuáles sean estos, por qué prodigio estupendo del génio haya de lograrse que la paz, el órden y la moralidad, al parecer, perdidas para siempre, broten del seno de la discordia, de la anarquía y de la prostitucion; he aquí el secreto que el conde de Reus ha creído conveniente reservar en lo mas profundo de su pecho.

España nos ha estado observando muy de cerca, desde hace mas de cuarenta años, en su calidad de madre; nos ha tratado con la mas inaudita benevolencia, disimulando nuestros ultrajes, nuestras injurias y nuestra falta de fé para el cumplimiento de los tratados: burlada de todos modos por nuestros gobiernos, solo faltaba que un dia la hiciésemos pasar por el baldon de ver preso y arrojado ignominiosamente de la República á su embajador, al representante de la persona augusta de su reina. Despues de tanto desman y de tan multiplicados atropellos, hubo, por fin, de decidirse á hacer respetar su bandera, á proteger á sus súbditos, privados frecuentísimamente de su vida y de sus intereses, y á poner el *hasta aqui* á los atentados del gobierno mejicano. Da el grito de alarma, que halla eco en los gobiernos de Lóndres y de Paris; se celebra la convencion del 31 de Octubre, en que quedó estipulado exigir la reparacion de los agravios recibidos, y, sobre todo, fundar y establecer garantías de que no se repetirían en lo de adelante, libertando al efecto á los mejicanos del gobierno opresor que los subyuga y poniendo al pueblo en aptitud de manifestar libremente su voluntad, respecto de la adopcion de la forma política que mas le conviniese. S. M. C. prepara sus naves, alista sus tercios, y pone en movimiento sus peones y ginetes; se hacen preparativos en grande escala; se impenden gastos cuantiosos que conmueven el tesoro, y envia, por fin, una imponente expedicion, cuyo entusiasmo solo es comparable con el valor y la disciplina de los que la forman. Adelántase á sus aliados; llega á las revueltas aguas de Veracruz; le imponen rendicion, no dirigiéndose al gobierno mejicano, á quien no debia reconocer, sino al gefe que de hecho ocupa la ciudad; la abandona este, y toman posesion de ella, á nombre de las tres potencias, las esforzadas tropas españolas. Llega luego el general Prim; se reune con los plenipotenciarios inglés y frances, y espiden una proclamá en consonancia con las estipulaciones de Lóndres, en que se hace entender á los mejicanos que no es á ellos, sino á su gobierno á quien se viene á hacer la guerra.

La resolucion de avanzar hasta Méjico es firme, pues que no habia tenido otro objeto la alianza: los nuevos despropósitos de Juarez; los libelos y caricaturas indecentes, en que con su consentimiento se difaman á los soberanos; las recientes gabelas impuestas á los extranjeros con el carácter solapado de subsidios de guerra, y el préstamo de cien mil pesos, que se asignó á la casa de D. Miguel Buk, entre otras varias, acabaron de refinar el temple del alma del Marqués de los Castillejos, á quien todos suponian hombre de atrevidos arranques.

Entre tanto, se presentó la necesidad de que las tropas expedicionarias avanzasen á tomar cuarteles á poblaciones menos insalubres: se juzga preciso por esto docilitarse á entrar en pláticas con el gobierno; la Soledad es el punto designado para las conferencias con el Ministro de Relaciones de la República, y en la primera que se celebra... ¿no es un sueño, no es una ilusion?... el general Prim, á nombre de sus tropas, y en representacion de su gobierno, rinde el mas cumplido pleito-homenaje á la legitimidad de Juarez, á su poder y á su popularidad, comprando, á este precio tan alto, las condescendencias caballerosas del Exmo. Sr. D. Manuel Doblado, que vinieron á comprometer de una vez para siempre, la lealtad y la delicadeza castellanas.... Poco despues, el comisario español reembarcaba sus tropas, encargadas de anunciar en los dominios de S. M. C., la estúpida nueva de que Méjico estaba constituido bajo la administración fuerte y vigorosa de D. Benito Juarez, y que debiéndose esta hacer muy en breve superior á los restos de la faccion disidente, las naciones agraviadas, no necesitaban mas garantía para el pago de sus deudas y la reparacion de sus agravios, que la simple palabra del héroe mejicano.

Tal fué el término de la expedicion ibérica á las mortíferas costas de la República; tal el resultado obtenido despues de tantos bélicos aprestos, de tantos sacrificios pecuniarios y de la pérdida de no pocas vidas; *sic transit gloria hujus mundi*. El gabinete de Madrid ha aprobado la conducta de su plenipotenciario; peor fuera, en efecto, reprobarla y que darse en la inaccion; y mas malo todavía, acometer por segunda vez la empresa. ¿La historia y la posteridad juzgarán estos hechos del mismo modo que el gobierno español?

Pero sea cuales fueren el tacto y la prudencia del gene-

ral Prim, por acá apreciamos los hechos de diversa manera, y creemos firmemente que un país sin constitucion, ó con una que despues de haber sembrado el suelo mejicano de cadáveres y cenizas, no ha logrado la aceptacion ni de sus mismos defensores, está muy lejos de hallarse constituido; y que un pueblo en que los diferentes ramos de la administracion pública ofrecen la imágen mas palpitante del caos, de la ruina y del desórden; en que la administracion de justicia, es un sarcasmo; la seguridad pública, una ironía, y el sistema municipal, un embrollo; en donde el ejército es mandado por asesinos, su contabilidad está en manos de ladrones, y la hacienda pública adopta tal sistema de economía, que en menos de dos años se derrochan ciento cincuenta millones de pesos, siendo el fruto de las cavilaciones de nuestros hacendistas que no haya en las arcas nacionales ni un real ni esperanza alguna de conseguirlo; por acá, creemos, vuelvo á decir, que este país, en vez de marchar á su reorganizacion para constituirse de un modo sólido, se dirige á un abismo por una pendiente rápida é indeclinable.

Del débil bosquejo que acabo de hacer, y que presenta un cuadro imperfecto de nuestras públicas desgracias, se podrá V. inferir si los hombres honrados y pensadores, la gente de propiedad y de arraigo, los que viven honestamente de sus giros é industrias, los artesanos laboriosos que reciben su subsistencia del bienestar de todas las clases, si en fin, el clero y el antiguo ejército será posible que prefieran el libertinaje rapaz de que son víctimas, al establecimiento de un gobierno fuerte, justo y paternal con que nos brinda la intervencion extranjera. Ya he probado que respecto á la espantosa anarquía en que vivimos, los informes obtenidos por los Monarcas de Europa de sus representantes que residen en Méjico, se han quedado muy atras de la realidad horrible de nuestros sufrimientos. Pues con mucha mas razon puedo asegurar que en aquellos países, ni con mucho se han formado una cumplida idea del intenso júbilo con que en la República fué recibida la noticia de la alianza de aquellas naciones, y de la ansiedad sin límites con que se desea el avance de las fuerzas extranjeras y la ocupacion por ellas de la capital. La tiranía y la violencia comprimen toda demostracion en este sentido; mas cuando deje de pesar semejante yugo sobre nuestras cervices, esto es, cuando contemos con la proteccion inmediata de las fuerzas que por desgracia están todavía distantes, tendrá lugar de convencerse el

general Lorencez, de que no le mentian los que le aseguraban que seria recibido su ejército en medio de una lluvia de flores. Sí, no lo duden ustedes un momento, la opinion pública está decidida, y decidida con un entusiasmo que raya en frenesí, por los proyectos generosos de la Francia en favor de nuestra pobre patria.—La rabiosa grito de los demagogos, que se han hecho exclusivamente dueños de la prensa, en nada puede debilitar esta verdad: ellos, lo mismo que la parte sensata, no creen que la Europa haya consentido en una tentacion de conquista que entrañe peligros para la independenciam. No es el noble patriotismo que los saca fuera de sus sentidos; tampoco el amor supersticioso por la libertad es el que los convierte en energúmenos: el secreto de las ridículas pantomimas á que ellos se entregan con tanta furia, se encuentra en otra fibra mas delicada de su corazon, en otra pasion que mas les domina y los subyuga; la codicia. Si el temor de perder los cuantiosos bienes que han adquirido de una manera tan universalmente reprobada; si el ahinco febril de conservar á toda costa sus riquezas improvisadas, no acudiese á su cerebro, juntamente con la idea de intervencion extranjera, á inquietarlos en su lecho cuando duermen, y á ocuparlos constantemente en sus vigiliass, los veriamos recorrer, como hoy lo hacen, las calles y las plazas, despues de sus repugnantes orgias, para victorear con todo su aliento al invicto y poderoso Napoleon III. El *auri sacra fames* de eterna verdad, es toda la clave que descifra los profundos misterios del patriótico entusiasmo de que se dejan llevar estos fulleros.

El tono mismo de los escritos que publican en sus periódicos, está manifestando que un desengaño cruel les hace percibir que la verdadera voluntad de la nacion, no solo los arroja indignada de los puestos que tan descaradamente prostityen, sino que se ha pronunciado ya, con cuantas insinuaciones permite el sistema normal de terror que sofoca los espíritus, por un cambio radical de instituciones que ponga término á nuestras continuas revueltas. Fingian al principio que se contaba con el voto unánime de los hijos del país para combatir la intervencion, porque, como ellos decian, “no hay en la República quien no sea antes mejicano que partidario;” pero despues debieron notar algunas señales que destruian por su base la verdad de este tema favorito, y entónces espidieron la ley *mortuoria*, que manda ahorcar á todos los *traidores*. En seguida pusieron sus gritos en el cielo, al ver que todas

las fuerzas reaccionarias se declaraban por los *insolentes invasores*; y finalmente, ya en estos últimos días no cesan de clamar que la traicion se alberga por todas partes, lo mismo en las ciudades que en los campos, lo mismo en el pecho de los nobles que en el de los individuos del estado llano. Lamentanse de que el gobierno no puede estar seguro en sus provincias, pues que los enemigos, á mas de ser muchos, son domésticos y no cesan de trabajar, secundando las miras de los conquistadores; pugnan porque se abandone el pernicioso sistema de lenidad, y porque se persiga sin descanso á los que se han propuesto traficar con la independencia. Siguiendo una táctica contraria, allá tiempos atrás, pretendian los demagogos hacer creer á los pueblos que la gente de orden, que todos los hombres probos y de rectos principios, estaban organizados en un partido numeroso, cuyas tendencias eran establecer en Méjico la monarquía; los apodos de *monarquistas* y *agachupinados* les servian para designar á las personas decentes. Pero si ahora vamos á preguntarles, despues de cambiada la escena, sobre el estado de la opinion en este punto, no hay uno ni ninguno que no sostenga, que el régimen monárquico no tiene ya absolutamente satélites en la República, y que no hay quien no lo considere contrario á los hábitos y costumbres de los mejicanos. Yo para mí, tengo que de lo que han llegado los mejicanos á adquirir costumbre y hábito, en cuarenta años que llevan de representar sangrientos dramas y ridículos sainetes, es de burlarse de los grandes y pequeños congresos, de los juegos de cubiletos de las elecciones, y de la independencia y soberanía microscópicas de los Estados.

Esto no quiere decir que consultándose el voto público por medio del sufragio universal, tomado en toda su omnimoda amplitud, llegará á obtenerse un resultado favorable al cambio del actual sistema. Yo no sé si por su gran peso se debiera consultar en caso semejante la opinion ilustrada de los indios y de los léperos que no conocen la O por lo redondo, y que en su peculiar *caló*, no han prohibido todavía las voces que designan los sistemas políticos, las garantías y los derechos de los ciudadanos. Yo ignoro si la prudencia aconsejará recibir el sufragio de esa infinita chusma de vagos, ladrones y mal entretenidos, que solo viven de la estafa, y solo medran por medio de las revoluciones, gritandó hoy *viva la religion*, y mañana *viva la reforma*, para saquear á mano armada las poblaciones; en fin, yo no sé si solo debe investigarse la

voluntad de los que cifran sus mas caros intereses en el orden, porque tienen un capital que conservar, una profesión, industria ú oficio que ejercer, una familia que educar; lo único que yo afirmo es que si se admite el primer extremo, el sufragio universal nos coloca nuevamente en el predicamento que hoy nos encontramos, por la muy sencilla razon de que el número de los bribones y de los ignorantes es infinito. Cuando hay cierta igualdad entre todos los votantes, la mayoría, con su opinion, representa el espíritu que domina en el conjunto; pero cuando aquellas circunstancias que afectan á la inteligencia de lo que se discute, y á la independencia y rectitud de las opiniones, establecen una distancia infinita entre los que han de sufragar, entónces, filosóficamente hablando, la voluntad del cuerpo moral de que se trata, no puede ser cordura que se busque en un solo elemento de importancia tan secundaria como la del número; la razon se pesa, no se cuenta ni se mide.

He sido mas largo de lo que pensaba, cuando me propuse dar á la prensa estas observaciones. Ellas no están ajustadas á ningun plan, ni representan tampoco la regularidad de un orden lógico; las he escrito segun se han ido ofreciendo á mi imaginacion, y su estilo se resiente de la premura con que han sido arrojadas al papel; pero tales cuales las espongo, y á pesar de que he omitido muchas y muy importantes especies, creo que servirán para desvanecer algunos errores en que han de incurrir los que nos juzguen conforme á las apreciaciones de nuestra prensa. Creo haber patentizado que el espíritu de esta, dista mucho de ser el fiel intérprete de la nacion; que el monopolio que se ha hecho de ella por todo género de violencias, no admite ningunas escepciones, y que de ahí proviene que se ha hecho órgano esclusivo de las ideas mas absurdas, mas inmorales y mas impías: que es una lamentable, y no sé si diga voluntaria equivocacion la de los que sostienen que hay una carta fundamental que norma el ejercicio de la autoridad pública y marca los derechos y obligaciones de los ciudadanos en Méjico, pues la de cincuenta y siete, sin estar ni haber estado nunca en observancia, solo ha servido para cubrir de luto y de lágrimas á la nacion; que no contándose con una ley restrictiva de los avances y abusos de los que gobiernan, la tiranía y el despotismo se ejercen entre nosotros sin freno, y todos los ramos de la pública administracion marchan segun lo exigen las conveniencias y las pasiones de los que tienen ocu-

pados por asalto el poder: que ya se atiende á las tendencias de la demagogia desenfrenada que hoy impera, ya á los precedentes que hoy arrojan los hechos de que somos testigos, no hay que esperar que la cosa pública se encamine á mejores términos, ni que alcancemos otro porvenir que la anarquía de una absoluta disolucion social: que hostigado el pais, en donde se vive con el temor de perder de un momento á otro la existencia ó la fortuna, todos los hombres aspiran á ponerse á cubierto de un próximo cataclismo, sin encontrar otro remedio que la actual intervencion extranjera, que nadie cree viene á arrebatarnos nuestra independencía, sino á restituirnos nuestra libertad: que la oposicion que se la hace proviene de los bastardos intereses que cuentan, como único apoyo, con la inmoralidad del gobierno, y nunca con el patriotismo que no existe en los pocos adjudicatarios que están gritando contra ella, ni mucho menos en las raquíticas masas del pueblo ignorante, que únicamente logran reunirse por la coaccion y conducirse al matadero por la violencia.

He aquí el conjunto de algunos hechos que podrán dar alguna luz á los que se ocupan en Europa de hacer apreciaciones sobre la cuestion mejicana. Estoy seguro de que toda la parte sensata, todos los hombres probos de este pais, vendrán á ofrecer su testimonio en favor de la verdad de esta desaliñada reseña. Dios quiera que ella contribuya á que se nos haga justicia en el mundo civilizado, á **NOSÓTROS LOS TRAI-
DORES**, que no obstante, solo anhelamos ver á nuestra patria marchar libre é independiente por el verdadero camino del progreso y de la prosperidad, en el seno de la paz y de la abundancia.

